

El artista es una sombra

Alberto Ruiz de Samaniego

En unas páginas realmente hermosas del libro *¿Qué es la filosofía?* Deleuze y Guattari mencionan una enigmática declaración de Cezanne respecto de la pintura: “el hombre ausente, pero por completo en el paisaje”. La interpretación que ofrecen de esta declaración extraña bien puede acomodarse a *Bajando la escalera*, *espejo de medusas*, *escudo de gorgonas*: las figuras de un cuadro sólo pueden existir, y el autor sólo las puede crear, porque no perciben sino que han entrado en el paisaje y forman ellos mismos parte del compuesto de sensaciones. Claro, *Bajando la escalera* no es una pintura, sino una fotografía – bien extraña también, por cierto; una fotografía del acuario de Berlín – y es sabido que la práctica fotográfica a menudo se ha querido ver más bien como un exorcismo que nos liberaba – mediante una contemplación petrificada – de lo real inmediato, antes que una inmersión digamos oceánica en ese compuesto de sensaciones que es el mundo. Fotografía, pues, como un escudo que, anudando el mundo en una imagen, nos liberaba por fin de él. Fotografía medusea, atravesada continuamente de muerte (o de identidad) y de idealidad. Es este un viejo sueño metafísico que el *Desnudo bajando la escalera* de Duchamp trató ya de combatir. Ese descenso no era otra cosa que una versión bufa y corrosiva del ideal de una plenitud de la presencia del sentido que, bajando las escaleras...del ser, ahora tan sólo se manifestaba como una máquina ciertamente incongruente. Un complejo de movimientos maquínicos como última revelación del fundamento del sentido. Pues no hay nunca tal plenitud extática – y estática – del ser, por muy desnudo que se quiera lo real. No se está jamás en el mundo, se deviene con él, y se deviene justamente – como afirman Deleuze-Guattari- por la contemplación. Que todo sea visión significa entonces, ni más ni menos, que todo es devenir: mundo-acuario.

Así pues, en esta suerte de alucinación que Simón Pacheco nos propone, el fotógrafo deviene profundidad, profundidad abisal, oceánica inmersión de quien, por ver o haber visto, se ha fundido – en negro, como anulándose – para tornarse devenir molecular,

devenir a la vez cósmico de unas profundidades o alturas donde ya no cabe casi la presencia humana, la visión antropocéntrica. Todo esto adquiere sin duda una dimensión mítica, una suerte de condenación fatal que sólo los mitos nos cuentan. Pues es evidente que aquí el fotógrafo trató de realizar su gesto de penetración dominadora sobre el resto de las presencias y las especies – fases, por otro lado, primitivas de la vida, por extremadamente naturales -y, pretendiendo atraparlas en su red de órdenes lógicos de captación por visión de luz, es él mismo el que se ve arrastrado por su movimiento tentacular hacia dimensiones donde no puede más que desaparecer, devenir sombra, o lo que es lo mismo: abismo o universo. Y como al contrario, en ese movimiento plenamente especular, estos animales llamados inferiores circulan por la imagen desplegando la blanca y grácil soberanía de quien vive totalmente inmerso en su medio, de quien es, literalmente, devenir. ¿Cuál es entonces el lugar en el que esta imagen nos coloca, en el que la propia silueta sombría del autor se halla ubicada? Un espacio ontológicamente incierto, un intervalo poblado de incertidumbre, un territorio, por decirlo así, blando, pérfido y contagioso donde los sentidos y las percepciones se confunden, se inmiscuyen unos en otros. Un lugar indecible, tal vez infigurable (¿el lugar en la escalera del gallego?). Espacio verdaderamente meduseo, pero no por cristalización o forma, sino por su contrario: por transición y vuelco, por vértigo e impulso traslaticio. Esa pecera o ese acuario son como el afuera del mundo, el plano último de inmanencia sobre el que la vida reposa y se procrea (fondo abisal como soporte final de todo) o bien la proyección cósmica en la que lo real se vuelve transparente o traslúcido por inmaterialidad. Cosmos o abismo, experiencia abismada que es devenir cosmos, devenir estelar de quien se funde en los pliegues o flujos de la vida. Así las medusas: animales celentéreos que nadan libremente (¡por contracciones ¡) en los propios pliegues marinos. Así la llamada cabeza de medusa o algol: estrella de la constelación de Perseo conocida por sus continuas diferencias de luminosidad, debidas precisamente al tránsito periódico de uno de sus componentes por delante de otro, lo que genera variados eclipses parciales. Escribo esto en la noche de San Lorenzo, famosa por sus destellos de estrellas errantes provenientes de las perseidas, y aprecio en este justo instante que eso es lo que somos: un eclipse, una sombra que brilla

intermitentemente entre el abismo y lo estelar. El artista, efectivamente, es una sombra.

Tan sólo una sombra; pero una sombra que ve.

No hay forma, pues, de escapar al mito: no se puede salir del acuario. Eterna fascinación de la medusa.